

La teoría de las elites en Pareto, Mosca y Michels



IZTAPALAPA

Agua sobre lajas

Rosendo Bolívar Meza*

Resumen: Los teóricos de las elites y las oligarquías: Vilfredo Pareto, Gaetano Mosca y Robert Michels, dan una nueva forma de interpretación a los fenómenos sociales, en franca oposición a las teorías liberal-democrática y marxista, pues la teoría de las elites concibe a la circulación de las elites como la esencia real de la historia.

Palabras clave: Elites, líderes, masas, poder, democracia.

*La historia es un cementerio
de aristocracias*
Vilfredo Pareto

Introducción

Debido a la falta de líderes capaces, sigue siendo imprescindible analizar la teoría de las elites. Es además apremiante la necesidad de educar en la moralidad y en la eficacia de la acción política a los hombres llamados a dirigir y gobernar a las masas. A principios del siglo XXI se tienen evidencias más que suficientes para señalar la urgencia de líderes responsables, comprometidos, eficientes, honestos, cultos y capaces de regir los destinos de la sociedad, independientemente de los regímenes políticos o tipos de gobierno de que se trate.

La teoría de las elites no es en sí misma una corriente conservadora, ya que es un hecho contundente que aun en los sistemas más democráticos las minorías

* Profesor investigador del Centro de Estudios Científicos y Tecnológicos "Ricardo Flores Magón" del Instituto Politécnico Nacional. Correo electrónico: bolivamr@prodigy.net.mx

guían y las mayorías son guiadas y manipuladas. Lo que sí es una expresión conservadora de ella, es que plantea un cambio lento, gradual y controlado desde arriba, sin reconocer del todo las ventajas y virtudes del método electoral como mecanismo de recambio de la clase en el poder. El estudio de las elites no es exclusivo de la Italia de Benito Mussolini o de la Alemania de Adolfo Hitler. Antes del advenimiento del fascismo y del nacionalsocialismo varios pensadores, invocando el liberalismo, habían señalado y examinado la distancia que separa a gobernantes y gobernados y sometieron a examen los postulados de la democracia liberal.

La teoría de las elites, que afirma que en todas las sociedades la dirección política, administrativa, militar, religiosa, económica y moral es ejercida por una minoría organizada, es más antigua de lo que comúnmente se cree.

Desde Maquiavelo esto quedó claro, él afirmó en sus "Discursos" que en cualquier ciudad, no importa como esté ordenada, en los niveles de comando hay apenas unas cuantas personas. Más adelante, Saint-Simon estableció que la dirección política debe estar confiada a quienes tienen la capacidad de hacer progresar la ciencia y conducir la producción económica. Alumno de Saint-Simon, Augusto Comte sostuvo que el mando de la sociedad debía corresponder a una aristocracia científica. Por su parte, Hipólito Taine explicó la Revolución Francesa de 1789 como la necesidad de que una nueva clase dirigente sustituyera a la antigua, que había perdido sus aptitudes para el comando.

Marx y Engels llegaron a la conclusión de que el Estado es el representante de la clase poseedora de los instrumentos de producción económica. Cabe destacar que percibieron que las revoluciones no han sido más que el reemplazo de una elite por otra ya que, como señaló Engels refiriéndose a la Revolución Francesa de 1848, hasta aquella fecha

...todas las revoluciones se habían reducido a la sustitución de una determinada dominación de clase por otra; pero todas las clases dominantes anteriores sólo eran pequeñas minorías, comparadas con la masa del pueblo dominada. Una minoría dominante era derribada, y otra minoría empuñaba en su lugar el timón del Estado y amoldaba a sus intereses las instituciones estatales. Este papel correspondía siempre al grupo minoritario capacitado para la dominación y llamado a ella por el estado del desarrollo económico y, precisamente por esto y sólo por esto, la mayoría dominada, o bien intervenía a favor de aquella en la revolución o aceptaba la revolución tranquilamente. Pero, prescindiendo del contenido concreto de cada caso, la forma común a todas estas revoluciones era la de ser revoluciones minoritarias. Aun cuando la mayoría cooperase en ellas, lo hacía —consciente o inconscientemente— al servicio

de una minoría; pero esto, o simplemente la actitud pasiva, la no resistencia por parte de la mayoría, daba al grupo minoritario la apariencia de ser el representante de todo el pueblo (Engels, s/f: 678).

Aunque diversas corrientes del pensamiento han percibido el papel histórico de las elites, esta teoría ha ejercido poca influencia en el desempeño político y social, siendo además poco estudiada.

Para ella, las clases políticas se forman según dos tendencias: la aristocrática, que se gesta desde arriba, y la democrática, que proviene de abajo. La primera se caracteriza por la organización militar burocrática y la segunda por la organización del sistema electoral. Esta última estimula un proceso de rotación o circulación de la elite controlado, ya que por lo general la clase política cuenta con los medios idóneos para orientar la voluntad de los electores.

La minoría dominante o elite posee estructura, cualidades superiores y control de fuerzas sociales, además de conexiones y parentescos. Su éxito y su poder radican en que es una minoría organizada en contraposición con una mayoría desorganizada. La desorganización de la mayoría deja a cada uno de sus miembros impotentes ante el poderío organizado de la minoría. Por ser un grupo reducido puede lograr lo que la mayoría no puede: comprensión mutua y una acción concertada. La elite actúa con base en la razón y el conocimiento, mientras que la no elite es impulsada primordialmente por el sentimiento. Para promover sus intereses y buscar apoyo la elite apela al elemento sensible de las masas.

Es muy importante resaltar que para la teoría de las elites la verdadera lucha por el poder se da dentro de la clase gobernante, lo cual no excluye la posibilidad de que también se beneficie la mayoría de la sociedad o incluso toda ella. En realidad, la sociedad avanza cada vez que la minoría gobernante mejora o es reemplazada por otra de superior calidad; por el contrario, si la clase dominante se hunde en la decadencia sin que ninguna otra minoría proponga una solución más adecuada para los problemas de la época, el resultado será el estancamiento o la lenta desintegración.

Cuando el poder de la elite gobernante se encuentra amenazado y, por alguna razón, renuncia a hacer frente a la fuerza con la fuerza, se debilita y cualquier pequeño grupo puede imponerle su voluntad. Si por cuestiones de conveniencia la elite en el poder no usa la fuerza y recurre al fraude y al engaño para desbaratar al adversario, sólo logrará con el tiempo que el poder pase de una minoría a otra, o que se dé una nueva composición de sí misma. Para los teóricos de esta línea de pensamiento el ideal de reemplazar el uso de la fuerza por la ley es una penosa ilusión.

Como veremos a continuación, Vilfredo Pareto, Gaetano Mosca y Robert Michels, dieron una nueva forma de interpretación al estudio de la sociología política de fines del siglo XIX y principios del siglo XX. Con sus aportaciones modificaron las concepciones tradicionales de la democracia liberal. Es importante rescatar que en términos generales hay elementos que comparten los tres autores. La teoría de las elites puede englobar los conceptos de *circulación de las elites* de Pareto, de *clase política* de Mosca y de *ley de hierro de la oligarquía* de Michels.

1. La circulación de las elites en Pareto

Vilfredo Pareto (1847-1923), nació en Italia, siendo hijo de padres franceses. Vivió treinta años en la Suiza de habla francesa. Fue en Italia donde recibió su educación secundaria. Estudió física y matemáticas en la Universidad y Escuela Politécnica de Turín; allí escribió su tesis "Los principios fundamentales del equilibrio de los cuerpos sólidos". Así, el concepto de equilibrio que luego aplicaría a los fenómenos sociales fue extraído desde el campo de la física. A lo largo de su existencia insistió en que el enfoque metodológico de las ciencias naturales debía ser el mismo que el de las ciencias sociales. Con su obra, Pareto ataca las teorías liberal-democrática y marxista y, al igual que Max Weber, elaboró su propia concepción de la sociología en un intenso debate con el fantasma de Marx.

No se sabe a ciencia cierta en qué medida Pareto pudo haber influido sobre Benito Mussolini, ni siquiera si hubo algún contacto directo entre ellos. Sin embargo, cuando Mussolini llegó al poder, Pareto lo vio con simpatía, aunque resaltó la necesidad de conservar algunas libertades. Para Pareto el fascismo no sólo parecía confirmar sus teorías, sino también ofrecer esperanzas de una nueva era. Su identificación con el nuevo orden se puso de manifiesto en el hecho de que en 1923 aceptó su nombramiento como senador, cargo que había rechazado de gobiernos prefascistas.

En directa oposición a la teoría marxista de la lucha de clases, presentó su teoría de las elites según la cual la circulación de las elites es la sustancia real de la historia. Insistió en que los conflictos de clases están destinados a continuar eternamente, que sus formas pueden cambiar, pero su esencia sigue siendo la misma.

Para él, en el estrato superior de la sociedad, en la clase selecta, están ciertos agregados que se conocen como aristocracias. Hay casos en donde la mayoría de los que pertenecen a ellas tienen las características para permanecer ahí, y otros en los que un número notable de sus integrantes no los poseen. Pueden tener participación más o menos importante en la clase selecta de gobierno, o bien

estar excluidos de ella. Concibe que las aristocracias no son eternas, motivo por el cual "la historia es un cementerio de aristocracias". Éstas se menguan no sólo por el número, sino también por la calidad, ya que disminuye en ellas la energía y se modifican las circunstancias que les ayudaron a adueñarse del poder y a conservarlo.

La clase gobernante es restaurada, no sólo en número sino en calidad, por familias que vienen de las clases inferiores, que le aportan energía y le proporcionan elementos originales para mantenerse en el poder. Se restituye también por la pérdida de quienes más han decaído (Pareto, 1980: 70-71).

Las elites y las aristocracias no perduran, ya que degeneran en el transcurso del tiempo. Toda elite necesita organizarse con refuerzos provenientes de las clases inferiores, con sus mejores elementos. Con la decadencia de una elite, una nueva elite llena de fuerza y vigor se forma en el seno de las demás clases. La lucha y la circulación de las elites es la esencia de la historia; por lo tanto, los levantamientos populares no siempre tienen consecuencias positivas para el pueblo, sirven sólo para facilitar la caída de la vieja elite y el surgimiento de la nueva.

Pareto considera que la diferencia que existe entre los grupos sociales se expresa en el hecho de que los individuos son física, moral e intelectualmente diferentes. Algunos individuos son superiores a otros, por ello usa el término de elite para referirse a la superioridad: en inteligencia, carácter, habilidad, capacidad y poder. La elite o clase selecta es la que tiene los índices más elevados en el ramo de su actividad y se divide en dos: la clase selecta de gobierno, la que directa o indirectamente tiene notable participación en el ejercicio del poder, mientras que el resto lo conforma la clase selecta no de gobierno. En conjunto constituyen el estrato o clase superior de la sociedad. El estrato inferior o no elite está formado por los individuos que no tienen influencia, y corresponde a la mayoría de la población (Pareto, 1980: *passim*).

La elite y su manejo de la masa

En toda sociedad organizada siempre ha existido una clase gobernante poco numerosa que se mantiene en el poder, en parte por la fuerza y en parte por el consentimiento de los gobernados, que son muchos más. Para conservar su dominio, la clase gobernante coopta elementos de la clase gobernada tanto para el uso de la fuerza, como para el desarrollo del arte.

Las elites emplean a las clases inferiores rindiendo un homenaje puramente verbal a sus sentimientos, recurriendo a la demagogia con el fin de conservar o tomar el poder. El equilibrio y la declinación de una elite, así como el surgimiento

de otra, dependen del grado de éxito con que una elite pueda inventar fórmulas que apelen al sentimiento de la masa. El grupo gobernante se fortalece al cooptar a los elementos más destacados de la no elite, y provoca que la no elite se debilite por la pérdida de esos integrantes. Esta circunstancia, según Pareto, da estabilidad a las sociedades, pues la clase gobernante sólo necesita absorber un número pequeño de nuevos individuos para impedir que la clase sometida tenga líderes.

Pareto considera que el carácter de una sociedad es, ante todo, el carácter de su elite. Para él la elite no es ni enteramente abierta ni enteramente cerrada. Las clases dirigentes tratan de salvaguardar su posición de poder y utilizan la astucia cuando no disponen de la fuerza. Como están sujetos a la presión de las masas deben renovarse constantemente mediante una aportación proveniente de las clases inferiores. Saben que la movilidad social es el mejor antídoto contra las revoluciones.

Ya dijimos que el mantenimiento y la caída de una elite, y el surgimiento de otra, se suceden en función del grado de éxito con el que una minoría puede inventar fórmulas que apelen a la parte sensible de las masas. Éstas tienen sentimientos inmutables, mientras que la elite es activa en la explotación de ellos.

La lucha por el poder entre elites

Según Pareto, la elite logrará sus fines más eficazmente mientras más ignorantes permanezcan las masas, ya que al tener conocimiento de que son manipulados pueden oponérsele. Admite, sin embargo, que la estupidez y la aquiescencia de las masas no es necesariamente permanente (Pareto, 1980: 133-134; Touchard, 1981: 620; Zeitlin, 1970b: 199-200, 216 y 218). Parte de la premisa de que la verdadera lucha por el poder no se realiza entre las masas y los líderes, sino entre los líderes existentes y los líderes nuevos, desafiantes y en ascenso. Aun cuando parezca que la nueva elite está guiada por la buena voluntad y el deseo de las masas, de hecho no es así.

Para él existen varios elementos que la clase gobernante puede utilizar para defenderse y eliminar a los individuos capaces de arrebatarse el poder, éstos son:

1. La muerte
2. Las persecuciones que no llegan hasta la pena capital como la cárcel, la ruina económica, la separación de los despachos públicos, etcétera
3. El exilio o el ostracismo
4. Llamarlos a formar parte de la clase gobernante con tal de que la sirvan, dándose así una amalgama o reunión de elites (Pareto, 1980: 267-270).

Por otro lado, entendida como la sustancia real de la historia, la circulación de las elites tiene pocas consecuencias positivas para las masas. Si la rotación cesa, la clase gobernante se derrumba y arrastra consigo a toda la nación. El equilibrio se rompe (Pareto, 1980: 63). Gracias a la circulación de la elite, ésta se encuentra en un estado de continua y lenta transformación. De vez en cuando se realizan repentinas y violentas perturbaciones, pero después el nuevo grupo minoritario vuelve a modificarse lentamente.

Cuando se agudizan las diferencias entre las clases gobernante y sometida estalla la revolución, que se produce por el entorpecimiento de la circulación de la elite, o por la acumulación de elementos decadentes en los estratos superiores incapaces de mantenerse en el poder y rehuyen el uso de la fuerza, mientras que en los estratos inferiores crecen personajes de calidad superior que poseen las virtudes necesarias para ejercer el gobierno y que están dispuestos a recurrir a la fuerza.

Por lo general, en las revoluciones los individuos de los estratos inferiores son capacitados por sujetos de los estratos superiores, ya que en éstos se dan las cualidades intelectuales útiles para disponer la batalla, pero les faltan los elementos que son suministrados precisamente por los individuos de los estratos inferiores.

La elite y el uso de la fuerza

Las mutaciones violentas se producen bruscamente y, por tanto, el efecto no sigue de modo inmediato a la causa. Cuando una clase gobernante ha permanecido largo tiempo por la fuerza, y se ha enriquecido, puede subsistir un poco más todavía sin la fuerza, comprando la paz de los adversarios y pagando no sólo con oro, sino también con sacrificios, el decoro y la reverencia que hasta entonces ha disfrutado y que constituye un cierto capital. En un primer momento, el poder se preserva mediante concesiones y erróneamente se cree que se puede seguir sosteniendo así indefinidamente (Pareto, 1980: 71-72).

Hay quienes condenan la violencia si es usada por los gobernados, pero otros la reprobaban si es promovida por los gobernantes. Todos los gobiernos aplican la fuerza y todos afirman que su empleo se justifica. La fuerza en la sociedad la ejerce tanto quien quiere conservar ciertas uniformidades del poder establecido, como quien quiere transgredirlas, y la violencia de éstos se opone y contrasta con la de aquéllos.

Cuando quien está en favor de la clase gobernante critica el uso de la fuerza, en realidad censura su aplicación por parte de los disidentes que se quieren sustraer

a las reglas de la uniformidad; si por el contrario dice que aprueba este recurso, realmente suscribe el uso que de ella hacen las autoridades para obligar a los disidentes a la uniformidad. Por otro lado, quien es favorable a la clase gobernada, si reprocha el ejercicio de la fuerza en sociedad, lo que está haciendo es desaprobárselo cuando se da por parte de las autoridades para obligar a los disidentes a la uniformidad; por el contrario, si alaba el uso de la fuerza, se refiere al uso que de ella hacen quienes quieren sustraerse a ciertas uniformidades sociales.

Así como caen los gobiernos que no saben o no pueden servirse de la fuerza, ningún gobierno dura haciendo exclusivamente uso de ella. De la misma manera, cuando la elite gobernante es cada vez menos capaz de usarla, falta a su principal deber como clase gobernante (Pareto, 1980: *passim*).

II. La clase política en Mosca

Gaetano Mosca (1858-1941), nacido en Italia, dedicó su obra a refutar las teorías democráticas y colectivistas prevaletentes, en particular el marxismo. Como Pareto, quiso destruir lo que consideró una fantasía rousseauniana-marxista, según la cual una vez establecido el colectivismo comenzaría una era de igualdad y justicia universal, donde el Estado ya no sería órgano de una clase y tampoco habría explotadores ni explotados. Toda la producción intelectual de Mosca pretendió ser una refutación de esta "utopía" contra la cual expone su propia teoría, más "realista", sosteniendo que siempre habrá una clase gobernante.

En 1908 fue elegido miembro de la Cámara de Diputados en Italia. Así, a diferencia de Pareto, quien se había aislado de la vida política y elaborado un sistema rígido, estuvo empeñado de manera activa en la política italiana. Esto contribuyó, quizá, a la formación de una teoría más flexible.

En su obra recupera el pensamiento original de Saint-Simon: un sistema de dos clases con una minoría dominante y una mayoría dirigida y donde, una vez que determinada sociedad llega a cierta etapa de desarrollo, el control político, en el más amplio sentido de la expresión —la dirección administrativa, militar, religiosa, económica y moral—, es ejercido siempre por una clase especial o por una minoría organizada (Meisel, 1962: 22). Mosca argumenta que incluso en las democracias subsiste la necesidad de una minoría organizada y que, a pesar de las apariencias en sentido contrario y para todos los principios legales sobre los que se basa el gobierno, es ella la que conserva el control real y efectivo del Estado.

Considera al liberalismo como el justo medio entre la aristocracia y la democracia. Es el sistema mediante el cual los funcionarios son elegidos desde abajo,

es decir, directa o indirectamente por los subordinados. Se les escoge de un conjunto limitado de hombres sabios, experimentados, responsables y devotos, que son los más capaces para gobernar: la minoría aristocrática, caracterizada por tener autoridad pero no poder irrestricto. Estos límites en el poder, frenos y contrapesos, constituyen para Mosca la esencia del liberalismo.

Parte de la premisa de que los muchos, especialmente si son pobres e ignorantes, jamás han dirigido a los pocos, sobre todo si éstos son ricos e inteligentes, por lo que, en abierta crítica al marxismo, señala que la dictadura del proletariado no podría ser más que la de una clase muy restringida ejercida en nombre del proletariado. Para Mosca, las masas dominadas ejercen presiones sobre el poder e influyen en las medidas que adopta la clase dominante. El descontento popular puede provocar el derrocamiento de una clase, pero otra parecida surgirá inevitablemente de las masas, la cual desempeñará las funciones de una clase dominante.

La elite como minoría organizada

El poder de la clase dominante y la inestabilidad de su predominio reposan en el hecho de que es una minoría organizada, acompañada, según Mosca, por una mayoría desorganizada. El estado de desorganización de la mayoría deja a cada uno de sus integrantes en una situación de impotencia frente a la minoría. Toda agrupación humana requiere jerarquía, y esto exige que unos manden y otros obedezcan, es decir, una división entre gobernantes y gobernados. Los primeros, que son siempre los menos, desempeñan todas las funciones políticas, monopolizan el poder y disfrutan de las ventajas que van unidas a él. Los segundos, más numerosos, son dirigidos y regulados por los primeros, ya sea por métodos legales o por mecanismos arbitrarios y violentos.

Así pues, la historia de la humanidad no ha sido otra cosa más que la lucha entre la tendencia que tienen los elementos dominantes a monopolizar en forma estable las fuerzas políticas, y a transmitirle su posesión a sus hijos en forma hereditaria, y el impulso que empuja a su relevo y cambio y la afirmación de fuerzas nuevas (Mosca, 1984: 106, 126 y 305).

Para Mosca, una organización política relativamente perfecta es aquella donde quienes detentan el poder supremo poseen una posición económica independiente. Más aún, las características predominantes de la clase política consisten en su actitud de dirigir, así como en sus cualidades o condiciones intelectuales, morales, económicas y militares.

Los grados académicos, la cultura científica y las aptitudes especiales probadas abren las puertas a los cargos públicos. En este caso, los individuos que se mueven de posición social mantienen sus actitudes intelectuales, pero modifican sensiblemente las morales, ya que el servil se puede volver arrogante y el humilde orgulloso. Por otro lado, quien asciende desde abajo suele desarrollar los sentimientos de justicia y equidad.

El predominio de la minoría organizada es evidente sobre la mayoría desorganizada. La primera, además de su estructura, posee atributos que le otorgan superioridad material, intelectual y moral, o bien, son herederos de quienes los poseen. Por ello, Mosca señala que todas las clases políticas tienden a volverse hereditarias, si no de derecho, al menos de hecho.

La clase política

La clase política no justifica exclusivamente su poder con sólo tenerlo de hecho, sino que procura darle una base moral y hasta legal, haciéndolo surgir como consecuencia necesaria de doctrinas y creencias generalmente reconocidas y aceptadas en la sociedad regida por esa clase. Una clase política trasciende cuando ha sabido tomar la iniciativa de una reforma oportuna de las clases dirigentes, en donde el mérito principal de las clases populares ha consistido en su capacidad congénita de extraer de su entraña nuevos elementos idóneos para conducirlos.

Cuando cambian las fuerzas políticas se deben afirmar actitudes originales en la conducción del Estado. Por el contrario, si las viejas fuerzas políticas no conservan sus actitudes, se transforma la composición de las clases políticas. Ellas declinan inevitablemente cuando ya no pueden ejercer las cualidades mediante las cuales llegaron al poder, o cuando éstas pierden importancia en el ambiente social en que se desarrollaban.

En todo organismo político hay siempre una persona que está por encima de la jerarquía de toda la clase política y que dirige el timón del Estado. Este hombre, que es jefe de Estado, no puede gobernar sin el apoyo de una clase dirigente que haga cumplir y respetar sus órdenes.

La clase política necesita un estrato social que le ayude a gobernar: la clase media. Sin ella ninguna organización sería posible, ya que el primer estrato no bastaría por sí sólo para encuadrar y orientar la acción de las masas. Los nacidos en la clase media tienen los medios para procurarse la instrucción necesaria, además de que en el mismo entorno familiar adquieren la noción práctica de los recursos indispensables para hacer carrera administrativa y burocrática.

Relación elite-masa

En la lucha entre las diversas fracciones de la clase dirigente, una de ellas busca el apoyo de las masas. A ella se unen los individuos que, nacidos en las clases menos favorecidas, han sabido elevarse por sobre ellas en virtud de su especial inteligencia y energía, o por su audacia excepcional. Esta fracción de la clase dominante explota la simpatía de las masas exagerando y evidenciando el egoísmo, la tontería y los privilegios materiales de los ricos y poderosos, denunciando sus vicios y errores reales e imaginarios, prometiendo satisfacer el sentimiento de justicia.

Cuando una fracción de la clase política, que comienza a ser marginada del poder por sus intentos renovadores, aspira a derribar al gobierno, trata siempre de apoyarse en las mayorías que la siguen fácilmente cuando están contra el orden de cosas constituido. Así, la plebe se convierte en un instrumento necesario de casi todas las sublevaciones y revoluciones, por lo que con frecuencia aparecen al frente de los movimientos populares hombres de una condición social superior. Por otro lado, puede ocurrir el fenómeno opuesto, es decir, que la parte de la clase política que tiene en sus manos el poder y se resiste a las corrientes innovadoras, recurra a las clases bajas que permanecen fieles a las antiguas ideas y al antiguo tipo social (Mosca, 1955: 328-332 y Mosca, 1984: *passim*).

En las propias clases inferiores existe una minoría dirigente contraria a quienes ejercen el poder. Adquiere mucha influencia sobre las masas, inclusive por encima de la del grupo gobernante. Cuanto mayor sea el aislamiento entre las clases y el descontento entre los estratos inferiores, mayor será la posibilidad de que éstos apoyen el derrocamiento del gobierno existente. Entonces puede suceder que una clase dominante reemplace a la otra, lo cual beneficia poco o nada a las masas.

El aislamiento de las masas, los antagonismos entre cultura, creencias y educación de las diversas clases sociales, puede producir que se forme en el seno de la masa otra clase dirigente, a menudo antagónica, de la que mantiene el poder. Cuando esta plebe está bien organizada, puede plantear serios problemas a quienes gobiernan.

Las masas dominadas ejercen presión sobre los dominadores, es decir, sobre la clase política. Inclusive, el descontento popular es capaz de provocar su derrocamiento. Del mismo modo, las clases dirigidas siguen a los dirigentes siempre y cuando compartan opiniones y creencias. La presión de las masas avivada por su descontento puede generar cierta influencia en la clase política. Si el descontento es de grandes proporciones y llega a derribar a la clase dirigente, aparece necesariamente en la masa otra minoría organizada que pasa a sustituir a la clase política.

Por ello, al igual que Pareto, Mosca considera que toda clase política debe renovarse con elementos de las clases inferiores, quienes mantienen despiertos los ancestrales instintos de lucha. El aislamiento produce la degeneración de la clase,

pues pierde la aptitud para atender los asuntos propios y los de la sociedad. Si esto ocurre, el régimen político se desploma al primer choque con el enemigo externo o interno (Zeitlin, 1970a: 224 y 228; Mosca, 1984: *passim*).

La falsa ilusión del sufragio universal

Mosca nunca creyó en la efectividad del sufragio universal por considerar que se funda en la falsa creencia de que los electores eligen a su representante, cuando la verdad es que el representante se hace elegir por ellos. A la soberanía popular, como resultado del sufragio universal, la consideró un mito muy peligroso, puesto que a través de ella el pueblo llega a creer que gobierna y que los funcionarios elegidos están para servirle.

La democracia parlamentaria, según la concibe Mosca, se basa en el supuesto jurídico de que el representante es elegido por la mayoría de los votantes. Sin embargo, los hechos revelan algo muy distinto. Cualquiera que haya tomado parte en una elección sabe muy bien que el representante no es elegido por los votantes, sino que, en general, se hace elegir por ellos; o bien, si esta formulación resulta demasiado desagradable, lo hacen elegir sus amigos. De un modo u otro, una candidatura es siempre obra de un grupo de personas unidas por un propósito común, de una minoría organizada que inevitablemente impone su voluntad a la mayoría desorganizada.

Teóricamente, cada votante tiene libertad de elección; sin embargo, en la práctica, su opción es muy limitada, ya que si no quiere desperdiciar su voto tendrá que sufragar por alguno de los candidatos que tiene posibilidad de triunfar porque los respalda un grupo de amigos o partidarios. Por ello, para los individuos aislados que constituyen la inmensa mayoría del electorado, sólo quedan dos alternativas: abstenerse o votar por uno de los candidatos que tienen cierta probabilidad de ganar (Mosca, 1984: 213 y 227; Meisel, 1962: 106-108).

Así pues, para Mosca, la participación política de las masas mediante elecciones es una mentira. Los verdaderos triunfadores son los sujetos que saben imponerse en ese ambiente especial, y muchas veces artificioso, creado por el sistema electivo. Son ellos, quienes deciden, los que seleccionan a los representantes.

III. La ley de hierro de las oligarquías en Michels

Robert Michels (1876-1936), pensador italiano discípulo de Mosca. También articuló sus tesis desafiando lo propuesto por el marxismo, pero no tanto como

Mosca y Pareto. Rechazó los aspectos teóricos que consideró utópicos del marxismo, pero conservó los elementos del método analítico. Concibió que:

...no hay contradicción esencial entre la doctrina de que la historia es el registro de una serie continua de luchas de clases, y la doctrina de que las luchas de clases invariablemente culminan en la creación de nuevas oligarquías que llegan a fundirse con las anteriores (Michels, 1991b: 178).

En 1911 apareció su texto principal: *Los partidos políticos*, en él desarrolló su teoría de las élites. Lo que Marx no había previsto, según Michels, era que la democracia conduce de modo necesario a la oligarquía. Es a esto a lo que Michels considera como la *ley de hierro de la oligarquía*.

La tendencia a la oligarquía

La propensión hacia la oligarquía es un proceso común a todas las organizaciones importantes, ya que todas requieren de una especialización de las tareas, una distinción cada vez más inequívoca entre la masa y sus dirigentes. Partiendo de la premisa de que es inherente a la naturaleza del hombre anhelar el poder, y una vez obtenido tratar de perpetuarse en él, la democracia exige una organización que conduce de manera necesaria a la oligarquía.

La organización, como arma de los pocos en su lucha contra los muchos, conduce a la oligarquía, ya que propicia cambios importantes en la masa organizada, e invierte completamente la posición respectiva de los conductores y los conducidos. Como consecuencia de ella, todas las agrupaciones llegan a dividirse en una minoría de directivos y una mayoría de dirigidos. Con el avance de la organización la democracia tiende a declinar. Además, el aumento de poder de los líderes es directamente proporcional a la dimensión de la organización, ya que si ésta es fuerte necesita un liderazgo de la misma magnitud.

Toda organización implica especialización y responsabilidad de los líderes, los cuales se hacen expertos en conducir a las masas. Así, la democracia termina convirtiéndose en una forma de gobierno de los mejores: en una aristocracia. Tanto en lo material como en lo moral, son los líderes quienes han de ser considerados como los más capaces y los más maduros.

La oligarquía surgida de la democracia está amenazada por dos peligros graves: la rebelión de las masas y la transición hacia una dictadura. De estos dos peligros, uno viene de abajo, mientras que el otro nace del seno de la misma oligarquía. Se tiene entonces el peligro de la rebelión y el de la usurpación.

La organización del Estado necesita una burocracia numerosa y complicada. En ella se apoyan las clases políticas dominantes para asegurar su dominio y retener en sus manos el timón del Estado.

La organización política conduce al poder, pero éste es siempre conservador. Quien lo ha adquirido procura aumentar sus prerrogativas. Se esforzará siempre por consolidarlo, extenderlo y sustraerse del control de las masas. La organización es la que da origen al dominio de los elegidos sobre los electores, de los mandatarios sobre los mandantes.

Toda organización requiere de una especialización técnica para una conducción experta. Ello propicia que el poder de determinación se convierta en uno de los atributos específicos del liderazgo. De este modo, los líderes, que al principio eran los órganos ejecutivos de la voluntad colectiva, se emancipan de la masa y se hacen independientes de su control. La organización es un poder oligárquico fundado en una base democrática. El poder de los líderes elegidos sobre las masas electoras es casi ilimitado, por lo que la estructura oligárquica ahoga el principio democrático básico (Touchard, 1981: 622; Zeitlin, 1970c: 250; Michels, 1991a: *passim*; Michels, 1991b: 10-11, 153 y 189).

La apatía de las masas

Según Michels, las masas necesitan del liderazgo y se sienten contentas de que otros se ocupen de sus asuntos. Las considera apáticas, por lo que forzosamente requieren un guía. Su incompetencia es casi universal en todos los aspectos de la vida política, y esto constituye el fundamento más sólido del poder de los líderes. La pericia de éstos también conduce a la oligarquía, puesto que las masas incompetentes se someten a ella dándole una autoridad que a la larga destruye la democracia.

Las masas nunca se rebelan en forma espontánea, es decir, sin líderes; las revueltas o revoluciones son conducidas por dirigentes quienes, una vez que han tomado el poder en nombre del pueblo, se transforman en una casta relativamente cerrada, alejada de la gente y opuesta a ella.

Las masas son políticamente indiferentes e incapaces, lo cual constituye el fundamento más sólido del poder de los líderes. Es fácil engañarlas y escribir en su nombre. Se inclinan más a seguir a hombres mediocres que a personas de talento y cultura política. Una prueba notable de su debilidad es que no tiene capacidad de organización, motivo por el cual busca dirigentes. El fracaso de innumerables huelgas y agitaciones políticas se explica por la falta de líderes.

Para las masas es una cuestión de honor depositar la conducción de sus asuntos en manos del líder; le ceden su autoridad restringiendo con ello su propia

voluntad, lo cual a la larga destruye el principio de la democracia. La apatía de las masas, y su necesidad de conducción, tiene como contraparte el apetito natural de los líderes por el poder. A la masa le gusta encontrar personas que se ocupen de sus asuntos, y su necesidad de dirección se acompaña de un genuino culto a los líderes, considerados héroes.

La masa alienta una gratitud sincera hacia sus líderes pues considera que es un deber sagrado. Por lo general, este sentimiento de gratitud se manifiesta en la reelección continua de los líderes que lo han merecido, perpetuando el liderazgo. Como consecuencia de lo prolongado de la función, comienza la transformación de los líderes en una casta cerrada. Puede ocurrir también que cuando las masas conciben una violación a sus derechos destituyan o desconozcan a sus dirigentes.

Aún organizada, la masa es incapaz de solucionar los problemas que la aquejan. Es impotente y se encuentra desarmada ante quienes la conducen. Su inferioridad intelectual y cultural le hace imposible comprender lo que el líder persigue.

La incompetencia de las masas a nivel político constituye el fundamento más sólido del poder de los líderes. Esta incompetencia proporciona a los líderes una justificación práctica y moral. Puesto que el grueso de la población es incapaz de velar por sus propios intereses, es menester que cuente con expertos que atiendan sus asuntos. Además de la indiferencia de la masa hacia la política, ésta siente cierta gratitud hacia quienes hablan o escriben en su defensa. Ciertos líderes se constituyen como defensores y consejeros del pueblo, pues mientras la masa concurre cotidianamente a su labor, los líderes, por amor a la causa, a menudo sufren persecución, prisión y exilio.

La elección de líderes por la masa presupone que ésta posee la capacidad para reconocer y apreciar la competencia de los primeros. Por su lado, los grupos gobernantes necesitan de las elecciones para legitimarse periódicamente. Cada grupo político pretende identificarse como colaborador de todos los ciudadanos del país, y proclamar que lucha en nombre de todos y por el bien de todos. Apela al apoyo de ciertas clases cultas y pudientes que no poseen todavía privilegios políticos (Michels, 1991a: *passim*; Michels, 1991b: 10-11, 153 y 189).

El liderazgo y la organización

En Michels queda claro que el liderazgo es un fenómeno ineludible en toda forma de organización social, que se hace incompatible con los postulados más esenciales de la democracia. La sociedad no puede existir sin una clase dominante o política sujeta a una renovación parcial frecuente. El Estado no puede ser sino la organización de una minoría, la cual busca imponer al resto de la sociedad un orden legal.

Los líderes provienen en su mayor parte de la clase media y, por consiguiente, poseen una superioridad cultural o intelectual. Esta supremacía se expresa asimismo en la superioridad económica (el dinero y sus equivalentes) y la superioridad histórica (la tradición y la transmisión hereditaria).

Los líderes carismáticos y fuertes están dotados de extraordinarias cualidades congénitas, muy por encima de la generalidad. Por esos atributos se les identifica como capaces de realizar diversas proezas. Sólo el líder carismático tiene la capacidad de superar el conservadurismo que produce la organización y de soliviantar a las masas en apoyo de grandes cosas, tiene una profunda fe en sí mismo, producto de un pasado de luchas victoriosas que lo hacen tener conciencia de sus aptitudes. Por otra parte, su futuro depende de las pruebas que pueda dar "su buena estrella".

El líder, orgulloso de su condición de indispensable, se transforma con facilidad de servidor en amo de su pueblo; quienes inicialmente estaban sujetos a obligaciones para con la masa, a la larga llegan a ser sus señores. Una vez electos, por lo general, son inamovibles. Toda oposición a su voluntad es juzgada antidemocrática, ya que el elegido actúa legalmente como representante de la voluntad colectiva (Michels, 1991a: *passim*; Michels, 1991b: 19, 177 y 188).

Los líderes y la prensa

Michels define a la prensa como un elemento importante para la conquista, preservación y consolidación del poder por parte de los líderes. Es el medio más adecuado para difundir su fama y popularizar sus nombres. Ellos apelan a la prensa para ganar o retener la simpatía de las masas, y para conservar en sus propias manos la orientación del movimiento. Utilizan a la prensa para atacar directa o indirectamente a sus adversarios, buscando con ello el apoyo de las masas.

Ciertos hombres no están acostumbrados a enfrentar una oposición sistemática. Se enervan al verse forzados a una resistencia prolongada. En este sentido, es fácil comprender por qué con disgusto y desilusión abandonan la lucha o constituyen una camarilla privada para una acción política independiente.

Conflictos por el liderazgo

Para Michels las pugnas más comunes entre líderes se dan por lo siguiente: entre los más ancianos y los más jóvenes, por la diversidad de su origen social, por tipo de actividad, entre estratos, entre grupos locales y grupos nacionales. Destacan

las diferencias objetivas y de principio, de conceptos filosóficos, de táctica y de estrategia. Existen luchas que obedecen a razones personales como antipatía, celos, intentos audaces por apoderarse de los primeros puestos, demagogia, etcétera.

En otras ocasiones surge la desconfianza entre los líderes, sobre todo contra quienes aspiran a comandar sus propias organizaciones, es decir, contra los herederos eventuales que están prontos a suceder a los viejos sin esperar su muerte. Cuando los líderes veteranos se resisten con firmeza y no ceden terreno a los que le siguen, éstos abandonan su actitud de lucha y buscan satisfacer sus ambiciones por un camino diferente. En la batalla contra los aspirantes jóvenes, por lo general el líder antiguo puede estar seguro de contar con el apoyo de las masas, ya que éstas sienten una desconfianza natural hacia todos los recién venidos.

Puede ocurrir igualmente que los viejos busquen atraerse a las fuerzas de otros movimientos que aún no tienen líderes poderosos, para eliminar desde el principio toda competencia e impedir la formación de corrientes intelectuales diferentes y vigorosas. Todo gobierno, aun el más autocrático, mantiene la posibilidad de corromper a los líderes de cualquier movimiento peligroso para su autoridad. También, los viejos líderes suelen cooptar a los nuevos o a los opositores, ofreciéndoles cargos secundarios que no les dan influencia notable. Con ello, comparten con sus antiguos adversarios la responsabilidad de mando.

Por otro lado, los líderes del gobierno siembran entre las masas desconfianza hacia sus contrapartes de la oposición, al calificarlos de incompetentes, profanos, charlatanes, corruptos, demagogos y farsantes, presentándose como si ellos fueran los exponentes de la voluntad colectiva (Michels, 1991a: *passim*).

Respecto a la masa, ésta tiene mayor sujeción a sus líderes que a sus gobiernos, y soportan abusos de poder de los primeros, que nunca tolerarían a estos últimos.

Los liderazgos emergentes

Es verdad que la masa es incapaz de gobernar, pero también de ella puede surgir quien se eleve por encima de la multitud y alcance el grado de líder y llegue a gobernar. El surgimiento de figuras carismáticas afecta a los que ya están en el poder, pues corren el peligro de verse obligados a dejar su lugar a los recién venidos, o a compartir su dominio con ellos. En este caso se está ante la formación de una nueva elite.

Cuando hay una lucha entre líderes y masas siempre salen victoriosos los primeros si logran mantenerse unidos. Es muy raro que ocurra lo inverso. Las masas suelen rebelarse ocasionalmente, pero son casi siempre sometidas. Sólo cuando se da una

incapacidad abierta de las clases dominantes, las masas aparecen activas en la escena de la historia y derriban el poder de las oligarquías. Todo movimiento autónomo de las masas significa un desacuerdo profundo con la voluntad de los líderes.

En las grandes agitaciones políticas y sociales que emprenden las masas contra la voluntad de sus líderes, éstos retoman pronto la supremacía que pudieran haber perdido por un momento. Entonces suele suceder que los líderes, por encima de la voluntad de las masas y en oposición a ellas, ignoran todos los lazos que los unen con la masa, haciendo las paces con el enemigo y ordenando suspender la agitación. En estos casos las masas suelen mostrarse molestas, pero nunca se rebelan, pues les falta poder para castigar la traición de los jefes (Michels, 1991a: 191-192).

En situaciones normales, no revolucionarias, los sujetos más talentosos, los líderes revolucionarios potenciales, están expuestos a una gran variedad de influencias seductoras. La lucha real no se entabla entre masas y líderes, sino entre los líderes ya existentes y los emergentes, desafiantes y en ascenso.

El ascenso de nuevos aspirantes al poder siempre está sembrado de dificultades, cerrado por obstáculos de todas clases, sólo superables con el favor de la masa. Es muy raro que la lucha entre los viejos líderes y los nuevos termine con una derrota completa de los primeros. El resultado del proceso ya no es una circulación de elites, sino una reunión de elites; es decir, una amalgama de estos dos elementos. Quienes representan la nueva tendencia, mientras su andar es aún inseguro, procuran encontrar toda clase de vías laterales, para evitar que los poderosos los derriben. Pretextan que sus divergencias de opinión con la mayoría son insignificantes [...] y expresan su pena de que los viejos líderes muestren carencia de verdaderos sentimientos democráticos (Michels, 1991a: 206-207).

Michels profundiza la teoría de la circulación de las elites, tomando en cuenta el análisis del cambio social. Este cambio, si no se presenta en forma revolucionaria, surge como una amalgama de nuevos y viejos elementos, por medio de un proceso de cooptación que conduce a una combinación de intereses.

Las revoluciones populares suelen terminar por destruir a sus líderes. Sin embargo, no es la masa la que se levanta contra ellos, sino que son éstos los que se han devorado entre sí, con ayuda de las masas.

La revolución social no produce cambio real alguno en la estructura interna de la masa. Los hombres que la conducen terminan por experimentar un distanciamiento gradual de ella, y son atraídos hacia la órbita de la clase política. Quizá aporten a esta clase ciertas ideas frescas que la enriquezcan.

Tan pronto como los líderes recién constituidos han logrado su objetivo y triunfan enarbolando los derechos agraviados de la masa, al derrocar a la odiosa tiranía de sus predecesores y al alcanzar el poder a su turno, sufren una transformación que los hace muy semejantes a los tiranos destronados. "Los revolucionarios de hoy se transforman en los reaccionarios de mañana" (Michels, 1991a: *passim*).

Los defectos del sistema democrático

En la parte final de *Los partidos políticos*, Michels defiende el sistema democrático, a la vez que advierte sus defectos. Propone practicar la democracia como forma de vida social, ya que ésta sería el menor de los males. La lectura de Michels debe hacerse tomando en cuenta que los defectos de la democracia provocan el retorno de la aristocracia.

Cuando las democracias han conquistado ciertas etapas de desarrollo experimentan una transformación gradual, adaptándose al espíritu aristocrático, y en muchos casos también a formas aristocráticas contra las cuales lucharon al principio con tanto fervor. Aparecen entonces nuevos acusadores denunciando a los traidores; después de una era de combates gloriosos y de poder sin gloria, terminan por fundirse con la vieja clase dominante, tras lo cual soportan, una vez más, el ataque de nuevos adversarios que apelan al nombre de la democracia. Es probable que este juego cruel continúe indefinidamente (Michels, 1991b: 195-196).

Conclusiones

De esta exposición de las ideas centrales de Pareto, Mosca y Michels, podemos concluir que los tres consideran que en todas las sociedades, desarrolladas o no, aparecen dos grupos de personas: la elite que gobierna y las masas que son gobernadas. El primero, siempre el menos extenso, desempeña todas las funciones políticas, monopoliza el poder y goza de las ventajas que éste conlleva, mientras que el segundo, el más numeroso, es directamente controlado por el primero.

Tanto Mosca como Pareto coinciden en rechazar la lógica, la teoría y la filosofía del socialismo en su versión radical y marxista por su abstraccionismo y por lo que consideran su poca utilidad práctica, mientras que Michels recupera en ciertos casos el método marxista.

Mosca desarrolla su análisis de la clase política utilizando el método histórico-comparativo aplicado en el terreno político-institucional. Pareto también emplea el método histórico, pero con una perspectiva multidimensional, en la cual los fenómenos sociopolíticos se estudian en un plano analítico-abstracto conforme a la psicología social, la antropología cultural, la estructura económica y la movilidad social. Por su lado, Michels examina básicamente dos instituciones: el partido y el sindicato, y los tipos y formas de liderazgo que en ellos se presentan.

Los tres están de acuerdo en que la minoría o elite la integran los que tienen los índices jerárquicos más altos en su rama, es decir, los mejores en su actividad. Quienes están calificados para pertenecer a la elite gobernante son los que poseen cualidades para ejercer las funciones de gobierno.

Los líderes de las masas son parte de la elite del poder porque desarrollan propósitos y mantienen intereses derivados de su posición como elementos privilegiados. Por ello, muchas de las iniciativas de las organizaciones de masas reflejan la voluntad y los intereses de los líderes y no su propia voluntad o sus intereses. A pesar de ello, las elites no deben ni pueden ignorar los sentimientos de las masas.

En las luchas entre líderes y masas los primeros están destinados a ganar. Aunque las segundas se rebelan, sus revueltas son siempre sofocadas; además, nunca se rebelan en forma espontánea, sin líderes. El proceso de la revuelta presupone que conducen a las masas ciertos elementos dirigentes propios quienes, una vez que han tomado el poder en nombre del pueblo, se transforman en una casta relativamente cerrada, alejada del pueblo y opuesta a él.

La lucha entre la vieja y la nueva elite sólo ocasionalmente culmina en la completa derrota de la primera. Por ello, modificando un poco lo expuesto por Pareto, el resultado de este proceso no es una circulación de las elites, sino más bien una reunión de ellas: una amalgama de los dos elementos.

De la masa puede salir la elite potencial, aquella de la cual se nutre la nueva elite. Puede ser un puente entre la elite y el resto de la sociedad, ya que desempeña funciones menores de dirección, por lo que se vuelve una fuente de reclutamiento para los escalones superiores de influencia.

Como las elites y las aristocracias no perduran porque degeneran rápidamente, necesitan vigorizarse y renovarse con elementos provenientes de las masas, con los mejores de ellos. Cuando se da la decadencia de una elite, se constituye una nueva, llena de fuerza y vigor, en el seno de las clases inferiores.

Es inevitable que los representantes del pueblo se integren a la elite. De haber sido designados para representar y defender los intereses de todo un grupo, pronto desarrollan intereses especiales propios, convirtiéndose así en una minoría bien

organizada, poderosa y dominante. En situaciones no revolucionarias, los elementos más talentosos de las masas, los potenciales líderes revolucionarios, son tentados a engrosar las filas de la elite mediante la cooptación.

Para lograr su continua renovación, la elite gobernante debe estar, como lo concibió también Max Weber, en manos de aquellos que viven para la política, que la interpretan como vocación, que son económicamente independientes y dotados de un alto sentido de la moral. Si, por el contrario, la elite gobernante está formada por quienes viven de la política, quienes la hacen por oficio y para vivir, la tendencia es la de transformarla en una clase política cerrada que frena y obstaculiza la renovación y la circulación de las elites políticas.

La lucha entre las elites y la circulación de las mismas es la esencia de la historia, por ello, los levantamientos populares no tienen verdaderas consecuencias positivas para el pueblo. Sirven sólo para facilitar la caída de la vieja elite y el surgimiento de la nueva. Las elites usan a las clases inferiores, apelando a sus sentimientos, con el fin de conservar o tomar el poder. En realidad la lucha no se da entre una aristocracia y el pueblo, sino entre dos aristocracias que luchan por el poder.

Los líderes de la clase sometida dispuestos a emplear la fuerza pueden derribar a la clase gobernante si ésta no es capaz de asimilar o cooptar a la elite de la clase sometida. Toda elite cerrada, que no se renueva, es muy vulnerable e insegura. En cambio, cuanto mayor disposición tiene la clase gobernante a absorber a los elementos más capaces de la no elite, más segura será su dominación, pues de esta manera frustra la posibilidad de que los elementos talentosos de las masas se conviertan en líderes del pueblo dispuestos a usar la violencia.

Del mismo modo, la cerrazón y exclusión de una elite puede propiciar la autocracia, la cual debe evitarse en la medida de lo posible, ya que conduce al aislamiento de los dominadores y eventualmente a su caída. Mientras más cerrada a los individuos ambiciosos de las clases inferiores esté una elite, mayor es su vulnerabilidad y degeneración, ya que sólo en ellas puede reclutarse a los elementos vigorosos y enérgicos que la elite necesita para renovarse.

Bibliografía

Engels, Federico

s/f "Introducción a la obra de Carlos Marx *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*", en *Obras Escogidas de Marx y Engels*, Progreso, Moscú.

Meisel, James

1962 *El mito de la clase gobernante*, Amorrortu, Buenos Aires.

Michels, Robert

1991a *Los partidos políticos*, t. 1, Amorrortu, Buenos Aires.

1991b *Los partidos políticos*, t. 2, Amorrortu, Buenos Aires.

Mosca, Gaetano

1955 *Histoire des doctrines politiques*, s/e, París.

1984 *La clase política*, Fondo de Cultura Económica, México.

Pareto, Vilfredo

1980 *Forma y equilibrio sociales*, Alianza Editorial, Madrid.

Touchard, Jean

1981 *Historia de las ideas políticas*, Tecnos, Madrid.

Zeitlin, Irving

1970a "Gaetano Mosca (1858-1941)", en *Ideología y teoría sociológica*, Amorrortu, Buenos Aires.

1970b "Vilfredo Pareto (1848-1923)", en *Ideología y teoría sociológica*, Amorrortu, Buenos Aires.

1970c "Robert Michels (1876-1936)", en *Ideología y teoría sociológica*, Amorrortu, Buenos Aires.